

ANDREA RODRÍGUEZ

*Cuando nos volvamos
a encontrar*



CROSS
BOOKS

ANDREA RODRÍGUEZ

*Cuando nos volvamos
a encontrar*

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Andrea Rodríguez, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-08-20130-4
Depósito legal: B. 26.164-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Prólogo</i> , de Dani Rovira.....	7
<i>Nota de la autora</i>	13
<i>Prefacio</i>	15
1. La niña que soñaba con volar.....	19
2. El pasado de un campeón.....	30
3. Playa del Cable.....	39
4. El puente del beso.....	50
5. Caer en el presente, romper las dudas.....	58
6. Aparentemente normales.....	69
7. La cama auestas.....	79
8. Amarle. Cuidarle. Acompañarle.....	92
9. San Juan.....	97
10. Pacto de almas.....	102
11. La razón de la vida.....	112
12. El Pablo del documental.....	117
13. Vacaciones en las estrellas.....	134
14. El chico que conocía la gente.....	139
15. La oscuridad del éxito.....	156
16. Yo estoy aquí.....	169

17. Un gladiador en la cámara de aislamiento	176
18. Nochebuena eterna	191
19. Mirando a la muerte	198
20. La noche de antes	206
21. 25 de febrero	209
<i>Epílogo. Siempre hay un halo de esperanza</i>	<i>217</i>
<i>Agradecimientos</i>	<i>221</i>

La niña que soñaba con volar

Siempre me he sentido diferente.

Desde que era pequeña he tenido muy presentes los sueños, que para mí no lo eran, o al menos no tal y como el significado de la palabra los define. Los siento de la misma manera como escucho al que tiene algo importante que decir. Con tanto realismo que cuando soñaba que volaba y me levantaba con ese recuerdo, creía que eso era posible.

En algunos sueños daba un salto al vacío desde la ventana de mi habitación y comenzaba a volar. Desde el cielo veía los tejados de las casas, podía elegir mi propio camino, completamente libre de atajar por cualquier ventana que estuviera abierta. Tenía el control absoluto de mi cuerpo. Una sensación que me gustaba mucho. Hoy por hoy sueño con poder hacerlo en un universo onírico y en el mundo real.

El recuerdo de aquella experiencia era tan intenso que el regreso a mi cama siempre llegaba demasiado pronto. Porque en ese otro mundo podía ser cualquier cosa y hacer lo que quisiera. Era sin duda una niña libre que creía que soñar con los ojos cerrados era el comienzo para hacerlo con los ojos abiertos.

Me críe en un patio con muchos jardines. Allí creábamos nuevos juegos sin parar. Uno de mis preferidos era el de saltar desde bancos o superficies un poco más altas buscando esa extraña sensación que aparecía en mi estómago cuando estaba en el aire y me dejaba caer. Creía tanto en mi imaginación que de verdad pensaba que, en algún momento, podría no llegar a tocar el suelo con mis pies. Además, animaba a mis amigas a saltar para poder volar. La caída era para mí una oportunidad para volver a intentarlo. No me cansaba de jugar.

—Venga, Andrea, no lo intentes más. Es imposible.

—Espera, espera, en cualquier momento sucederá —decía yo convencida.

Y de nuevo me volvía a subir a cualquier parte, mirando el mundo desde arriba, con los ojos brillantes ante la expectativa que estaba en mi mente. Tenía que volver a intentarlo.

Esa niña creció y siguió siendo la misma en muchos aspectos, pero crecer conlleva un aprendizaje.

De adolescente iba a Marbella para alejarme de todo. Me sentía muy bien paseando por cada calle nueva que descubría, en el precioso paseo marítimo donde salía a correr. En Marbella estaba segura de que sería capaz de llegar a cualquier parte del mundo.

Tal vez a una isla o a un casco antiguo del Mediterráneo.

Me refugiaba en casa de mi tía: mi madrina y la mayor de las hermanas de mi madre. Para mí era como una segunda madre, y a mí me trataba como si fuera su propia hija. Recuerdo que me decía que siempre quiso tener una niña pero que solo tenía hijos. Así que desde el principio se creó entre nosotras un amor muy maternal. Yo la cuidaba a ella, y ella cuidaba de mí.

Mi tía Antonia siempre estaba conmigo.

Entre las dos atesoramos un cariño muy especial. Ella era muy divertida, siempre se reía, siempre tenía una hermosa

sonrisa dibujada en la cara. Además, era muy presumida. Recuerdo que normalmente llevaba los labios pintados de un tono rosa claro.

Se reía de sí misma y de las cosas de la vida, jamás la vi enfadada.

Mientras escribo puedo ver su pelo rubio y rizado, sus ojos azules. Como todas las mujeres de mi familia era muy dicharachera y alegre.

Pasaba largas temporadas en su casa que me servían de desahogo. Le contaba lo que me preocupaba y ella me daba buenos consejos, de humanidad y bondad hacia los demás.

Nunca olvidaré esas noches de verano en su terraza. El olor a jazmín colándose por nuestras fosas nasales, proyectando momentos tranquilos de charlas y de caricias. A ella le encantaba que le tocara el pelo y la peinara.

Pero llega ese momento en el que la tranquilidad se rompe y empiezas a pensar en todo lo que te queda por hacer. En lo importante: lo que puedes vivir, lo que puedes ser. Un día nos dieron la noticia de que tenía cáncer de piel. Esa enfermedad nos sorprendió a todos y alarmó a toda mi familia. Ella, en cambio, lo llevó de la manera más positiva posible o, por lo menos, nunca me transmitió su preocupación. Los médicos le recomendaron que se operara rápidamente, para vaciar todos los ganglios de varias zonas de su cuerpo. Además, debía someterse a un tratamiento de quimioterapia que duraría más de cinco años.

Pasaron los meses y parecía que todo iba bien. Ella estaba bastante recuperada, así que fuimos juntas a la boda de mi prima, que se celebraba en un pueblo de la serranía de Cádiz. Siempre nos alegra volver a las tierras de mi familia. Fueron momentos felices, pues se trataba de una boda, un lugar seguro. Y, por suerte, mi tía pudo celebrarla con nosotros, ya que el tratamiento no se lo impidió. Yo como siempre

me mantenía cerca de ella, y pese a todo mi tía me animaba a que me divirtiera.

—Andrea, baila y ríe, que eres muy joven —me decía sonriendo y bailando mientras movía el vuelo de la falda como una flor al son del viento.

Desde joven he tenido que trabajar por vencer mi timidez, ya que era bastante introvertida y me daba vergüenza bailar. Ella era consciente de eso y me animaba deseando que mi energía se uniera a la suya.

Cuando lograba atravesar ese muro, me encantaba seguir el ritmo de la música junto a mi tía Antonia. Aún sigo disfrutando al bailar después de que desaparezca mi timidez.

De pronto la observé solo a ella, más allá del resto, lejos de todo lo que la rodeaba. La estaba viendo en su último baile. En ese instante yo no era realmente consciente de eso, pero sí que me di cuenta de lo especiales que eran aquellos minutos. No sé si sería por la luz de sus ojos, por su rostro feliz o por la noche más bonita del verano, solamente sé que ese momento se quedó grabado en mi retina. Ella estaba ahí bailando, su canción, recordando su juventud. Esa música que bailaba con mi tío en las discotecas cuando los dos eran adolescentes.

Sonaba la *Chica yeyé*. Supongo que esa canción los hacía volver al pasado, olvidarlo todo, encerrar los malos recuerdos.

No saber lo que sucederá mañana hace que vivamos con cierta incertidumbre, pero cuando somos conscientes de que puede ocurrir cualquier cosa, preferimos no saberlo. Por eso, después de que la vida consiguiera lo que se proponía, quise que el día de la boda no hubiera terminado nunca.

Una semana después celebramos su entierro. De sábado a sábado. Siete días, esa fue la tregua que tuvimos para estar

juntas. Pero en el instante en el que aquella niña que fui abrió los ojos, sin dejar de volar, vi la luz de la luna.

La Noche de San Juan siempre había sido mi noche preferida. Me encantaban las hogueras en la playa, los saltos por encima del fuego, los encuentros con amigos y familia. Todo el día gira en torno a la noche. El comienzo de la fiesta lo marca el atardecer, cuando comienzan a arder las hogueras. La sensación de libertad aparecía con el primer baño a oscuras y en el misterio que escondía el mar a altas horas de la noche.

Ocurrió en la playa: en el inicio del verano. Como si las malas noticias estuvieran unidas a lugares que recuerdas, intentando enturbiarlos, desafiando a nuestras mentes a que no culpen a la casualidad.

Recuerdo que la Noche de San Juan de 2009 la viví de manera diferente. Hablé con mi tía esa noche, ella solo tenía ánimo para bajar a la playa a mojarse los pies. Ya estaba muy cansada...

No tenía ganas de divertirme aquella noche y eso no me gustaba. Aunque por aquel entonces no escuchaba con atención mis presentimientos. Allí estaba yo, siguiendo el ritual de todos los años junto a unas amigas, sentada en la arena mientras hablaban, pero yo tan solo escuchaba. Notaba algo en mi interior que no me dejaba estar bien del todo. No me había ocurrido nada especial o diferente los últimos días, pero aun así no era capaz de pasármelo bien.

—Andrea —me llamó una de mis amigas—. ¿Qué te pasa hoy?; no quieres tomar ni una cerveza.

—No me encuentro bien del estómago. Tengo un mal presentimiento.

Las horas pasaban y el destino marcó la hora.

A las tres de la madrugada recibí una llamada de mi madre.

—Cariño, ven a casa urgentemente, tu tía...

Pese a que sabía que mi tía estaba en tratamiento, no me lo esperaba. No entendí a mi madre.

—Mamá, la tía ¿qué? ¿Qué le pasa?

Mi madre, con voz temblorosa, siguió sola la conversación.

—Ven ahora mismo. Te lo cuento en casa. Pero no tardes, tenemos que ir a Marbella.

La pareja de mi madre se puso al teléfono y entonces explotó la realidad. Sus palabras llegaron hasta mi oído y se quedaron allí para siempre.

—Andrea, tu tía acaba de fallecer. Ven, por favor. O, si lo prefieres, te venimos a buscar. ¿Dónde estás?

Me quedé paralizada. Sentí una gran fuerza que me atraía hacia el suelo. Mi cuerpo pesaba como el plomo. Una parte de mí no reaccionaba, no comprendía que esa desgracia pudiera estar pasando. Una parte de mí —otro «yo» que hoy todavía no puedo identificar pero que sé que no era yo— se evaporó y murió. Marchó con ella. Fue lo más triste que me había ocurrido en la vida hasta ese momento, mi corazón lloraba, no lo podía creer... Mi pobre tía. No podía asimilarlo, y las fuerzas comenzaron a fallarme hasta que me caí al suelo. No era capaz de articular palabra. Fue como si mi lengua se hubiera quedado dormida o atada en un nudo, en silencio, aunque gritando de dolor.

Antonia. La mujer que sonreía, bailaba, conversaba, cuyo pelo peinaba con mis manos. La mujer que se quedó atada a mí.

La muerte no había llamado a la puerta de mi familia hasta ese día.

Mis amigas me llevaron a casa. Recuerdo el camino en coche hacia Marbella. Fue un trayecto muy largo. Entonces llegaron a mí sensaciones en forma de preguntas que a la larga transformarían mi vida por completo: ¿quién soy?, ¿adónde voy?, ¿qué hago aquí?

Empecé a pensar en mi verdadera identidad, en el día en el que moriría y si eso significaba que yo no sería este cuerpo para siempre. ¿Qué sería entonces?

Me preguntaba por el lugar al que vamos después de la vida y también de dónde venimos. Fue durante ese bucle de ideas recién surgidas cuando me cuestioné qué estaba haciendo realmente con mi vida y si era del todo feliz. Ciertamente era un planteamiento muy obvio pero yo hasta ese día no me había querido enfrentar a eso o bien nunca había llegado tan lejos. Solamente sé que esas inquietudes me dieron una sed increíble de conocimiento. Quería más. Casi todas las personas que han tenido un despertar espiritual han llegado a él después de que la vida les haya zarandeado de tal forma que esas tres preguntas iniciales pasan a ser fundamentales. Suelen ser situaciones que te acercan a la muerte, te hacen verla de cerca, e incluso llegan a cambiar la vida de la persona que lo experimenta. Mucha gente sufre una transformación, dejando el pasado atrás y creando un futuro totalmente distinto.

Yo soy una de esas personas, desperté.

No me considero una maestra espiritual ni nada parecido, pero no tengo miedo de decir que todos y cada uno de nosotros somos un alma viviendo una experiencia humana. Sé que mi experiencia con la muerte no fue directa, ya que afectó a un ser querido, pero ese acontecimiento hizo que me replanteara la vida por completo.

La niña que soñaba con volar, la adolescente que perdió a su tía Antonia por culpa de un cáncer se convirtió en una mujer que abrió los ojos frente al mar, siendo este la representación de la libertad. La paz, el nuevo mundo, otras vidas...

Pasaron los días y con ellos se esfumó el verano. Viví el duelo junto a mi familia en una Marbella muy distinta de la

que conocía. Mi tía ya no estaba y su ausencia hacía tanto ruido que la necesidad de calmarme era aún mayor. El paseo marítimo se convirtió en un lugar solitario para corazones tristes como el mío. La playa me tranquilizó y como siempre el deporte me ayudó a recuperar mi vida. En cuanto lo retomé empecé a sentirme mejor en todos los sentidos. Se apagó mi frío interno gracias al calor del sol. El mar me ofreció ese refugio de paz y silencio que me ayudó a conocerme mejor.

Un día logré ignorar los ruidos y las preocupaciones, me senté para concentrarme mejor y entonces todos mis sentidos recobraron su fuerza. Por aquel entonces no sabía qué era la meditación. Llegué a ella de forma natural.

Tengo guardada en la retina la imagen de mi madre haciendo yoga en casa de una amiga. Yo las acompañaba y pasaba mucho tiempo en la sala de meditación. En aquellos tiempos no llegaba a entender lo que hacían, pero se quedó impregnado en mi memoria gracias a la curiosidad.

Escapé a la playa, a ese lugar que ya tampoco tenía a mi tía Antonia, e hice lo que recordaba. Me senté con la espalda recta, cerré los ojos y simplemente escuché las olas del mar y me concentré en mi respiración. Estaba tan relajada que continué sin mirar el reloj, perdiendo la noción del tiempo. Visualicé Marbella desde arriba. Subí más allá del límite del cielo y sentí como si estuviera en un avión. El mundo era cada vez más pequeño y yo más alta. Seguí subiendo hasta que llegué a ver el planeta Tierra, me encontraba en el universo, sabía que si abría los brazos hacia los lados me encontraría con el infinito. Me quedé con esa sensación unos momentos y después quise visualizar cómo bajaba despacio hacia la playa, de regreso. Realmente me costó abrir los ojos e incluso tuve miedo de no poder volver a vivir esa experiencia.

Marcó un antes y un después en mí. Llegué a casa y lo único que quería era comprender lo que había pasado. Comencé a buscar libros sobre meditación y, leyendo, encontré información sobre viajes astrales y meditaciones en las que puedes extraerte del cuerpo e ir a cualquier parte. Eso me hizo comprender que, de alguna forma, los sueños que tenía de pequeña se hacían realidad con los viajes astrales. Antes había vivido parte del mundo espiritual, pero tan solo observaba sin llegar a adentrarme en él. Aquello me pareció tan mágico y respondía a tantas preguntas que quise continuar. Quise dar un paso más informándome sobre la respiración, la meditación y el resto de esas prácticas. Sentía más paz y comprensión durante la meditación que en cualquier otro momento del día.

Esa búsqueda me llevó a comenzar a practicar yoga de manera autodidacta. Me ayudaba mucho a controlar mi ansiedad, sobre todo la sufrida a raíz de la repentina muerte de mi tía. Nunca había sentido pánico frente a la muerte, y ahora cada vez que pensaba en ello no podía respirar. Mi corazón se aceleraba y sentía que me moría. A veces me ocurría cuando pensaba en esas cosas, pero otras veces llegaba sin esperarlo. Me daba miedo tener que vivir más muertes en mi familia o en mi entorno. Aunque son miedos muy comunes, llegaron a despojarme de toda razón de una manera feroz.

Esa vida espiritual me guio de nuevo hacia un camino en el que encontré parte de la tranquilidad que necesitaba para escucharme, valorarme, cuidarme e incluso para pensar en los demás. Me ayudaba a comprenderme y a dominar esos miedos. Además, quería conocer esa filosofía de vida en profundidad, así que me formé como profesora de yoga. De esta manera pude resolver mis conflictos internos y ayudar a personas que en algún momento de su vida habían sufrido esa misma conmoción.

Ese año se llevó la mayoría de las vibraciones negativas, parte de la tristeza y, aunque no sería para toda la vida, me liberaba del peso del ahora y me hacía valorarlo aún más, pero de otra forma.

La práctica de la respiración, el yoga y la meditación también llegó como un aire fresco, lejos ya de la tormenta. Conocí a personas nuevas, con las mismas inquietudes que yo, y eso me gustaba. Podía hablar con gente que buscaba lo mismo que yo en esta vida.

La niña que soñaba con volar no se marchó, sino que descubrió que era posible encontrar la fantasía dentro de la realidad. Aquella chica que perdió a su tía, que creció, que guardó fragmentos de una historia esperando conocer la versión completa se convirtió en una versión mejorada de ella misma.

Después del primer fallecido cercano, del primer duelo, acepté la muerte y renací. Creé mi propio «yo» y el miedo no pudo evitarlo.

Al fin y al cabo, hay personas que se van y dejan de sufrir. Somos nosotros, los que nos quedamos, los que lo pasamos mal. Y llegué a la conclusión de que si me hubiera despedido de mi tía, ella me habría dicho: «Sé feliz». Me di permiso para empezar a sonreír más porque entendí que es lo que yo también quisiera que hicieran mis seres queridos si muriera. Que el dolor no pudiera con ellos, que celebraran la vida, que continuaran con sus vidas.

El yoga me llevó a comprender dónde residía la felicidad. Desde esa gran pérdida valoraba la presencia de las personas de mi entorno, intentaba ayudarlas en lo que podía, vivía la vida. Y es que no sabemos qué va a pasar, solo conocemos el instante en el que nos encontramos y lo único que podemos hacer es disfrutarlo. Tenemos proyectos, sueños y deseos, y eso no está mal, pero la felicidad no se encuentra en los sueños. Está aquí, en el lugar donde los creas. Dicen que

si no eres feliz con lo que tienes ahora, nunca lo serás cuando consigas lo que deseas. Con esa gran comprensión yo me sentí libre y feliz.

Feliz no por lo que tenía, sino por lo que era, por mi vida real.

Si a un huevo lo rompe una fuerza externa, se acaba la vida. Si lo rompe una fuerza interna, comienza la vida. Cambia desde tu interior.

ALEJANDRO JODOROWSKY